

LVIII

LA MISIÓN AL BRASIL

DISCURSOS PRONUNCIADOS EN EL BANQUETE
DADO EN HONOR DEL GENERAL MITRE CON MOTIVO DEL
ÉXITO DE SU MISIÓN AL BRASIL

PRIMER DISCURSO

(Contestando al Presidente de la Comisión)

Enero 23 de 1873.

A medida que el escenario se agranda, los hombres se empequeñecen y las grandes masas se destacan. Obedeciendo á esta ley que domina los hechos y las ideas, voy á encerrar mi discurso dentro del breve espacio que me corresponde como uno de tantos convidados á este festín en que se celebra un acontecimiento pacífico, y en el cual no puede decirse que haya ningún ausente, pues todos los corazones argentinos se asocian á él por un sentimiento de patriotismo.

Por mi parte, agradeciendo las generosas palabras que se me han dirigido, y profundamente reconocido á la distinción que me hace el gremio del Comercio, debo, sin perjuicio de aceptar la parte de representación y de responsabilidad que me toca, declinar el honor que se atribuye á mi persona, no por una falsa modestia ni por una vulgar lisonja á esa entidad que se llama el pueblo, sino porque de no hacerlo así traicionaría los mismos intereses y principios que en mi calidad de diplomático he servido. Si yo aceptase la corona cívica, sería á título de deposita-

rio, como aquel general que la recibía en nombre de los generales y soldados que habían vencido, porque en verdad todos hemos triunfado y todos tienen derecho á coronarse desde el Amazonas hasta el Alto Paraguay, así los argentinos como los brasileños, orientales y paraguayos. Como diplomático improvisado, como se improvisa un ingeniero cuando el río desborda ó la bóveda que nos cubre amenaza ruina, no se extrañará que reivindique en honor del buen sentido público los resultados lógicos y benéficos de mi misión, sin olvidar la alta influencia de los que rigen los destinos de los pueblos.

Estos resultados no eran obra de la habilidad, ni de la casualidad, sino de los principios que gobiernan las sociedades civilizadas y libres. Desde que el presidente de la República Argentina, en memorables palabras recordó esos principios, invocando el ejemplo de dos grandes y poderosas naciones que sometían sus cuestiones al fallo de la justicia y desde que esas palabras fueron retribuidas por otras análogas por el emperador del Brasil en presencia de su parlamento, pudo augurarse ya, que los únicos proyectiles que se cruzarían en la noble lucha del derecho, serían esas palabras llevadas al través del espacio en alas de una hoja de papel.

La diplomacia en otros tiempos en que la tiranía imperaba ó los intereses de las minorías privilegiadas prevalecían, pudo decidir ó por capricho ó por habilidad de los destinos de los pueblos; hoy esos destinos no dependían ni del egoísmo ni de la habilidad de nadie, porque la diplomacia como la navegación moderna respecto de la de los primeros tiempos, tenía una brújula que la guiaba matemáticamente, interrogando los astros al través de los espacios, y esa brújula era la opinión, y esos astros eran los principios eternos escritos en la conciencia humana. Yo recibí como diplomático mis credenciales y mis instrucciones del pueblo argentino, y he bebido mis inspiraciones en el sentimiento pacífico que lo animaba. A esto se debe el éxito feliz de mi misión, á la cual ha concurrido eficazmente la buena voluntad del pueblo y del Gobierno brasi-

leño en el mismo sentido. A este resultado ha contribuido poderosamente el comercio del Río de la Plata, á la par del comercio brasileño, no por un sentimiento de avaricia y de egoísmo, sino llenando la función de equilibrio que le está cometida como entidad contrapeso en representación de los intereses, en medio de las pasiones encendidas. El comercio en todas partes del mundo ha probado que tiene bastante abnegación para empuñar la tea y reducir á cenizas millones y millones de mercancías en holocausto de una pasión generosa, ó renunciar al lucro cuando el patriotismo le impone este sacrificio. El comercio inglés durante una larga lucha, se impuso el sacrificio de que los billetes al portador, del Banco de Inglaterra no fuesen convertibles. El comercio de los Estados Unidos se ha conformado con los más altos impuestos de que haya memoria y tiene hoy mismo á honor pagar con una parte de sus ganancias en el curso de la misma generación que la contrajo, la deuda mayor del mundo; la Francia en medio de sus grandes desgracias, cuando golpeó las cajas de hierro donde se encerraba el capital comercial, vió brotar de ellas el oro á torrentes para redimir el territorio de la patria.

(Después de algunas consideraciones sobre las influencias de la opinión pública y del comercio en el destino de los pueblos, el general Mitre terminó brindando por la paz permanente y fecunda entre cuatro naciones vecinas y amigas, la República Argentina, el Paraguay, el Brasil y el Estado Oriental, hijas del comercio en el pasado, felices y libres por el comercio en el presente y que serán grandes en el futuro por la paz, por la libertad y por el comercio.)

SEGUNDO DISCURSO

Confieso que me encuentro en la situación del diplomático sin saberlo, aunque mucho más agradable y lleno de una legítima satisfacción mi corazón de patriota, ante el espectáculo de la satisfacción general, que tiene su origen en un hecho pacífico, moral y verdaderamente fecundo.

Al oír algunos de los discursos que se han pronunciado, el que no conociese nuestros antecedentes históricos, creería que se celebraba realmente una paz de ayer, por la primera vez gozada después de una guerra, ó por lo menos, después de un verdadero peligro de guerra.

La paz de que gozamos no es un hecho reciente, ni ha brotado de una cabeza como la Minerva antigua, ni se ha importado en un vapor acompañado de un protocolo como un fardo de mercaderías registrado en una factura. La paz de los pueblos civilizados y libres no es simplemente un hecho material ni una improvisación, sino el perfecto equilibrio de las conciencias y de las conquistas del tiempo, la armonía de los intereses morales y materiales, el vuelo sereno de las almas á la par del desarrollo progresivo de la riqueza, que es lo que se llama la paz pública y la paz de todos y cada uno. Esa paz nunca estuvo verdaderamente en peligro en las cuestiones entre la República Argentina y el Brasil que felizmente se han arreglado, porque cuando no hay razón ni motivo para la guerra entre dos pueblos civilizados y libres como el Brasil y la República Argentina, la paz no ha podido estar ni por un momento en peligro, sobre todo cuando la conciencia pública, en ambos países, ha prevalecido en el sentido de las soluciones pacíficas y naturales. Aun cuando ambos países hubiesen estado poseídos del delirio de la guerra, el mundo entero se habría interpuesto entre ellos para impedirles desenvainar la espada, no sólo por los intereses que insensatamente pudiesen comprometer, sino para impedir un escándalo vergonzoso que era un oprobio para nosotros y un retroceso en el sentido de la moral y la justicia. Testigo de los constantes esfuerzos hechos por la diplomacia de las grandes potencias de Europa y América en Río Janeiro, puedo hablar con perfecto conocimiento de esto.

La paz por otra parte es un capital atesorado por el tiempo y el trabajo de las generaciones que se han sucedido: es una consecuencia de hechos y esfuerzos anteriores: es una función normal que se cumple en nuestro organismo político y social, y no un accidente que pueda tur-

barse por un error, ni salvarse por un hombre ó por un acaso.

Cuando se goza de estos frutos, es natural preguntarse qué árbol los da, y quién ha sembrado la simiente de este árbol, quién ha fecundado esa semilla.

La oliva pacífica que orla las copas del festín, ha sido arrancada de un árbol robusto ya, que ha sido regado por la sangre de los combatientes, por el llanto de los que sufrieron y por el sudor de los trabajadores del progreso.

Y para conquistar independencia, y libertad hemos dado pruebas de nuestro heroísmo en el campo de batalla, desplegando constancia en la derrota y la victoria.

Hemos dado pruebas de fortaleza en los negros tiempos de la tiranía, llevando nuestras cabezas al cadalso y protestando aunque maniatados bajo los pies de nuestros verdugos.

Dueños de nuestros destinos, hemos mostrado nuestra aptitud para el trabajo viril, impulsando vigorosamente el progreso moral y material del país.

Esta es la paz, hija de los sacrificios y de los esfuerzos del pasado, que tiene su razón de ser, que se cumple como una ley natural y que promete á nuestra patria largos días de felicidad, merced á los que nos precedieron en la tarea bajo los auspicios de la libertad y de la justicia.

Si combatir por su bandera, esgrimir la espada en honor de sus creencias, y sufrir y morir y trabajar hasta acertar con el verdadero camino obscurecido por el polvo del combate á las tinieblas de la ignorancia, son errores, debe decirse en honor de los precursores de la paz, que tantos y tan generosos errores fueron necesarios para llegar al acierto que hoy celebramos. Termino por brindar en honor de los esfuerzos del pasado que han fundado la paz sobre bases incommovibles, y han hecho imposible que ella se perturbe en el presente.

LIX

PROGRAMA ELECTORAL COMO CANDIDATO Á LA PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA

Mayo 20 de 1873.

Profundamente agradecido á la honrosa manifestación de ser designado como candidato á la futura presidencia de la República, que por sí sola bastaría á llenar mis aspiraciones, la gratitud por sí sola no bastaría á decidir mi aceptación, si consideraciones de un orden superior no determinasen mi resolución al adherirme, como lo hago, á sus propósitos.

Habiendo sido llevado al poder en dos ocasiones solemnes de nuestra historia contemporánea por el voto libre y unánime de mis conciudadanos, y cabídome en ellas la fortuna de presidir al establecimiento de un orden regular de cosas, que es la obra de todos y es interés de todos conservar mejorando, he pensado y pienso hoy mismo que no me tocaba aspirar al poder, ni disputárselo á nadie; dejando á la espontaneidad del pueblo la iniciativa que le corresponde en lo que á él sólo interesa y de que él es el mejor juez: comprendiendo, por otra parte, que en el desarrollo creciente de las sociedades democráticas, los hombres deben renovarse, las ideas rejuvenecerse y los partidos regenerarse, en obediencia á la ley del progreso. Es por esto que los mejores gobernantes republicanos no son precisamente aquellos que reunen en sí las calidades teóricas que el ejercicio del poder requiere, sino aquellos que, como representantes de las voluntades de la gran mayoría, pueden contar con el concurso de la mayor suma de fuerzas vivas de la opinión, para hacer el bien, inspirándose en las necesidades y en las tendencias de los gobernados.

Por eso no había pensado y verdaderamente no deseaba ser candidato en esta ocasión, razón por la cual me felicito también de haber estado ausente del país, á fin de no tomar parte directa ni indirecta en la cuestión electoral, declarando á mis amigos que no aceptaría la candidatura iniciada por ellos solos, á menos que no naciera espontáneamente de los demás centros de la opinión.

Comprendiendo, sin embargo, que los hombres son accesorios al servicio de las ideas, y que éstas necesitan ser impulsadas por hombres que las encarnen, siempre estuve dispuesto á prestar mi concurso como ciudadano toda vez que se tratase de salvar algunos de los grandes principios del derecho republicano que constituyen el patrimonio del pueblo.

Es así que al ver en peligro el gran principio de la soberanía popular, y la pureza del sufragio, que es su medio legal de manifestación, y considerándolo amenazado por ligas bastardas de mandatarios que pudieran pretender sobreponerse á la voluntad de las mayorías, no he vacilado en aceptar la candidatura que tan espontáneamente me es ofrecida por elementos verdaderamente populares. Pienso que esta noble actitud del pueblo de Buenos Aires, viniendo á dar temple cívico á la opinión y á vivificar la libertad del sufragio, contribuirá poderosamente á hacer prevalecer la voluntad del pueblo argentino, y mis aspiraciones quedarán satisfechas si mi nombre en esta ocasión pudiese servir á hacer triunfar un principio que es la única fuente y la única razón del poder, aun cuando mi candidatura no alcance los honores del triunfo.

Al proceder así creo, pues, no sólo obedecer á las buenas prácticas republicanas, sino también concurrir en la esfera limitada de mis facultades á la estabilidad de nuestras instituciones y á la fuerza moral del gobierno libre, que nace de la voluntad pública y reside en la ley, por cuanto un poder legítimo que tiene su origen en la voluntad de los ciudadanos libremente expresada, es la mejor garantía de paz y de libertad, que quitando pretextos al descontento, vence de antemano todas las resistencias, ha-

ce el gobierno más profundo y atrae el concurso de las mismas fuerzas vencidas en la lucha pacífica

Por eso, al mismo tiempo que acepto la candidatura, debo anticiparme á declarar que cualquiera que sea el resultado de la elección, considero que será un deber prestar nuestro leal concurso al elegido del pueblo y acatarlo como al representante de su voluntad soberana.

Hechas estas manifestaciones que me son dictadas por un deber de conciencia, y que responden á uno de los puntos fundamentales del programa que me ha sido comunicado, debo manifestar francamente mi opinión sobre otros puntos capitales, porque pienso que es moral y conveniente que los hombres no autoricen ni con sus reticencias ni con su silencio ideas incompletas respecto de las creencias que gobernarán sus acciones en el poder, sin por esto pretender elevarse sobre la razón pública de su país.

Pienso como el Club Constitucional que, con arreglo á nuestra Constitución, la facultad de intervenir no es un derecho librado al arbitrio del Poder Ejecutivo, pues, como lo dice muy bien en su programa, el respeto á las soberanías provinciales reconocido por la Constitución, debe ser regido por la ley; pero pienso también que su iniciativa no es exclusiva del Congreso en algunos casos, aun cuando su aprobación lo sea, mientras no se reglamente el ejercicio de esta alta prerrogativa que es inherente á la potestad nacional, que considero salvadora del orden público, debiendo á ella el no hallarnos envueltos en la anarquía. Aunque dolorosa algunas veces y debiendo ser usada siempre con prudencia, es el atributo de la soberanía nacional que está más arriba de las soberanías locales, y sea popular ó no, debe ejercitarse siempre que sea necesario, porque, como lo dice el mismo programa, la ley fundamental está más arriba del que obedece y del que manda.

Pienso también que es una aspiración del patriotismo y una necesidad de la civilización asegurar de una manera eficaz y definitiva la vida y los intereses de los habitantes del desierto en nuestra frontera regularizando su servicio; pero creo que los pueblos no deben exigir más de lo posible,

ni los gobiernos prometer más allá de ese límite, aceptando valientemente unos y otros las condiciones que nos son impuestas por la extensión de nuestros territorios desiertos ó mal poblados, que necesitan á la vez de guarniciones organizadas que dejen trabajar en paz á los ciudadanos en la campaña, el concurso de la población y del trabajo sobre la línea de frontera, haciendo afluir á ella la colonización y acompañándola con los ferrocarriles y telégrafos, agentes de fuerza y de progreso. Me asiste, sin embargo, la convicción, que anima al Club Constitucional, de que, con los elementos con que contará la futura presidencia, la cuestión de la frontera será una cuestión resuelta en el sentido que los grandes y vitales intereses que ella compromete lo requiere.

Respecto á la cuestión «Capital de la República», habiéndome opuesto en el espacio de diez años consecutivos á que se resolviese extemporáneamente cuando ella afectaba á la unidad nacional, á la eficacia del gobierno central y al crédito del país, como la experiencia lo ha demostrado en varias ocasiones, pienso que ha llegado la época de resolverla y que su iniciativa corresponde al Congreso integrado hoy por la primera vez con el número de representantes que corresponde al censo de la población.

En todo lo demás, nada tengo que decir respecto del programa que acepto con sinceridad como la aspiración genuina del patriotismo y como el ideal que deben perseguir los pueblos de civilización progresiva, cuyo conjunto constituye la tarea diaria de los hombres en el campo de la labor común.

Pero antes de terminar, debo decir algo más respecto del significado moral y político que debe dominar ese programa, en el momento en que se levanta una bandera de principios que van á sostener, en la lucha pacífica, los que, simpatizando con esas ideas, están animados del espíritu varonil que da su temple y su carácter á las luchas de la opinión en los pueblos libres.

Fiel á las tradiciones del gran partido militante y doctrinario que ha hecho triunfar con sus esfuerzos y sacrifi-

cios la libertad argentina y que la ha hecho una verdad práctica en el terreno de la ley común, haciendo posible en él hasta el triunfo de sus antiguos enemigos, al dar el primero y el único entre nosotros, el grande y moralizador ejemplo de fundar un gobierno de todos y para todos, sin odios, sin represiones y sin exclusiones sistemadas; creo que esta es la razón de ser del gran partido de la libertad en el gobierno y de su existencia aun fuera del gobierno. Sin desconocer la parte que corresponde á todos y cada uno en esta política verdaderamente grande, porque es verdaderamente constitucional, y sin excluir el derecho de todos los partidos á aspirar al poder; él, el gran partido de la libertad, es hasta hoy el único que ha mostrado aptitud para ejercerlo en el interés de todos y transmitir periódicamente el depósito sagrado de la autoridad en toda su plenitud, y permitiendo aspirar y llegar á él á todos aquellos que cuenten con el voto público, pacíficamente manifestado.

Sin pretender elevar esta circunstancia á la categoría de principios (que por otra parte no es de mero hecho) pienso, sin embargo, que cuando tan grandes conquistas del derecho se han alcanzado y tan fecundos resultados se han obtenido á costa de tantos sacrificios y trabajos, la política no puede convertirse en una abstracción; que las gloriosas banderas que simbolizan esos triunfos benéficos para todos, no deben ocultarse; que los nombres de sus apóstoles, como Moreno y como Rivadavia, y de sus mártires como Lavalle, rehabilitados por nosotros, deben invocarse, porque las ideas no deben descender huérfanas é inermes al campo de la lucha, ni subir al gobierno sin ser acompañadas por el concurso de las fuerzas vivas de la opinión, vigorosamente organizadas en torno de un núcleo indisoluble de voluntades que aspiren sinceramente al bien, y dignamente representadas por hombres que las sirvan con abnegación, perseverancia y patriótica energía. Sólo á esta condición son fecundos los triunfos electorales, y tienen eficacia para el bien los gobiernos que de ellos surgen, y por eso han sido fecundos y duraderos los gobiernos debi-

dos á la influencia de los hombres de libertad y de principios.

Los grandes partidos de principios se distinguen precisamente en que, buscando el triunfo de la libertad común y la felicidad de todos, son los únicos que pueden emanciparse del espíritu de partido, que en ningún caso debe sobreponerse al elevado espíritu de patriotismo y por eso al llevar sus hombres al gobierno los subordinan á las ideas que deben representar y los dejan en libertad para servirlos, con arreglo á los dictados de su conciencia y á los preceptos de la ley que debe levantarse sobre todas las cabezas.

Por eso al confesar mi credo político, y al asignar al programa que acepto de todo corazón, su significación moral y política, debo declarar que sin compromisos que me aten á ningún círculo, no reconozco otro vínculo que no sea el de la fidelidad á los principios y á la observancia de la Constitución, ni otra regla de criterio que la de las conveniencias generales.

LX

EN LA INAUGURACIÓN DE LA ESTATUA
DE BELGRANCO

Septiembre 24 de 1873.

Conciudadanos:—En presencia de este monumento erigido por el patriotismo y por la gratitud póstuma, podemos decir con el legítimo orgullo de una nación independiente y libre, y con toda la humildad de un pueblo republicano, que jamás gloria más pura ni más modesta se modeló en el bronce de la inmortalidad.

¡Esta es la noble y simpática efigie del general Manuel Belgrano!

Está vestido con las armas del guerrero y pide sus inspiraciones al Cielo, haciendo flamear en alto la bandera argentina que él fué el primero que enarboló y condujo á la victoria.

A este solo título, el nombre del vencedor de Tucumán y Salta vivirá en la memoria de todos, mientras la bandera argentina refleje las nubes blancas y azules de nuestro cielo, y el Sol de Mayo ilumine las páginas de nuestra historia.

Pero la guerra fué un simple accidente en la laboriosa carrera del precursor de nuestra independencia y del fundador de nuestras primeras escuelas públicas, que á la vez dió su enseña á la Revolución y la legó laureada á la posteridad.

Aceptó la lucha como la tarea impuesta al jornalero, y la cumplió con fortaleza, con abnegación y con humildad, así en la victoria como en la derrota, sin retroceder

ante el sacrificio y sin buscar ni pedir para sí la corona del triunfador.

El general Belgrano es una de aquellas figuras históricas que, lo mismo con una bandera ó una espada, podría ser representada con la pluma del escritor ó con el libro de la ley en las manos, ó bendiciendo con ambas la cabeza de un niño deletreando en una cartilla; porque fué hombre de acción y hombre de pensamiento, y porque á la vez que combatió por su creencia, derramó á lo largo del surco de la vida la semilla fecunda de la instrucción y de la virtud.

No era un general del genio de San Martín, ni un economista del alcance de Vieytes, ni un jurisconsulto de la ciencia de Castro, ni un tribuno de la elocuencia de Castelli, ni un escritor del temple de Monteagudo, ni un pensador de la profundidad de Moreno, ni un político de la talla de Rivadavia, sus contemporáneos, sus compañeros y sus amigos en la época de la Revolución; pero fué todo en la medida de sus facultades, en medio de una época memorable, con una alma grande y pura y un carácter elevado y sencillo; y por eso el general Belgrano es uno de nuestros grandes hombres en lo pasado y en lo presente, como lo será en los tiempos venideros.

Su grandeza, principalmente cívica y moral, no es el resultado de la superioridad del genio sobre el nivel común, ni está exclusivamente vinculada á los grandes hechos políticos y militares en que fué modesto actor. Ella consiste en el conjunto armónico de sus altas calidades morales, que no pretendían sobreponerse á la razón pública; en el equilibrio del alma serena en medio de la tempestad, que no se dejó arrebatar por el orgullo ni avasallar por el egoísmo; en la austeridad con que mandaba y en la humildad con que obedeció, teniendo la conciencia de su papel contemporáneo y de su papel póstumo ante la historia; en que fué el representante de las generosas aspiraciones al bien de todos los tiempos, y en que lo sirvió en el nombre y en el interés de todos, haciendo concurrir á todos al triunfo de una causa eterna, prolongándose su acción en la posteridad; en que fué de los primeros que en la

noche de la esclavitud presagió la aurora de la independencia, inspirado por el amor á la libertad; en que fué uno de los padres de la patria que legó triunfante á sus hijos el símbolo eterno de la nacionalidad argentina; en que fué humilde y perseverantemente apóstol combatiente y jornalero, y regó con su sudor el campo de la labor humana, en medio de los combates, en los consejos de gobierno, en las páginas del periodismo, y hasta en el tosco banco de la escuela primaria, sobre el cual depositó como en un altar, la ofrenda de su tesoro, muriendo en la obscuridad y la pobreza.

Este es el tipo ideal del héroe modesto de las democracias, que no deslumbra como un meteoro; pero que brilla y brillará eternamente como un astro benéfico y apacible en el horizonte de la patria; como brillan los nombres de Wáshington, de Guillermo Tell, de Orange, de Hampden y de Lincoln, que no fueron grandes genios, y que en nombre y en representación de los buenos y de los humildes de todos los tiempos y de todos los países, han sido aclamados grandes entre los grandes, con el aplauso de la conciencia humana y de la moral universal.

Y por eso la posteridad agradecida al general Belgrano, con legítimo orgullo y con verdadera modestia, erige hoy su estatua y coloca en su mano de bronce la bandera patria, como el símbolo imperecedero de sus glorias en lo pasado, de sus esperanzas en lo presente y de sus grandes destinos en lo futuro.

Esta estatua, erigida por la gratitud pública, bajo los auspicios del gobierno de Buenos Aires y con el concurso del Gobierno Nacional que preside su inauguración, ha sido fundida por el óbolo del pueblo, como deben serlo las estatuas de los grandes hombres de una nación libre. En ella está incorporada la moneda de cobre del más pobre ciudadano argentino, como en el alma grande de Belgrano se refundieron las nobles pasiones y las generosas aspiraciones de sus contemporáneos, y como en el corazón de sus descendientes está identificada una parte del ser inmortal

del héroe modesto, que más que en el bronce se perpetuará en el espíritu de las generaciones venideras.

¡General Belgrano! en nombre de todos los que han concurrido á levantar tu estatua sobre su pedestal eterno, en nombre de los presentes que te aclaman en este momento desde el Plata hasta los Andes, en nombre de los venideros que se sucederán inclinándose con respeto y simpatía ante tu noble imagen, yo, tu humilde historiador y uno de tus hijos agradecidos, te saludo grande y padre de la patria como precursor de nuestra independencia, numen de la libertad, genio del bien, modelo de virtudes cívicas, vencedor de Salta, Tucumán y Las Piedras, vencido en Vilcapujio y Ayouma; ¡que vivirás en la memoria y el corazón de los hombres, mientras la bandera argentina no sea una nube que se lleve el viento, y mientras el nombre de nuestra patria, pronunciado por millones de ciudadanos libres haga estremecer las fibras de tu bronce!

LXI

DISCURSOS ELECTORALES

1

Á LA JUVENTUD SOBRE SU MISIÓN HISTÓRICA EN LA
RENOVACIÓN DE LAS FUERZAS SOCIALES

Septiembre 30 de 1873.

Señores:—No tengo palabras con que agradecer personalmente esta nueva y generosa manifestación de mis ciudadanos, sobre todo, cuando la veo presidida por el núcleo de la juventud de Buenos Aires que constituye el Club Nacional, cuya presencia despierta en mi alma nobles recuerdos y grandes esperanzas, que fortalece mi fe en el porvenir que ha de realizarlas.

Habría sido, como lo ha dicho vuestro joven presidente, empequeñecer esta manifestación el darle el carácter de una adhesión individual en medio de la agitación electoral.

Sería exagerarla aceptándola como la expresión unánime del sentimiento de la República en medio de las opiniones que nos dividen.

Estamos en la época de la lucha y del trabajo, y todo tiene que animarse al soplo de las pasiones que nos agitan y de la vida que nos rodea.

No es la mano simpática de los contemporáneos la que viene á golpear la puerta del que se encerró en el hogar y se retiró definitivamente de la actividad de la vida pública, porque, gracias al Cielo, aun tengo alientos para